

Vigencia de las ideologías políticas

Eduardo Domínguez Gómez*

Resumen

El estudio bibliográfico de las ideologías, da una explicación, de lo que son, la importancia y la vigencia que tienen para las comunidades humanas. Así, se analiza la historia y los elementos que identifican una ideología hasta llegar a definir que ésta es un “ingrediente de la naturaleza humana”. Al reconocer significados de conceptos relacionados con el nacimiento de las ideologías, se ve una contradicción “Lo visto y lo simulado, lo real y lo inventado, oposiciones presentes siempre que se hable de las ideas. Ambigüedad de significados que se proyectará en las palabras *ideología* e *ideólogo*”.

Palabras clave: Ideologías políticas, representaciones colectivas, imaginarios, cultura, ideólogo.

Recibido: 3 de Marzo

Aceptado: 10 de Abril

I. Combates por la contrahistoria

Este primer subtítulo obedece a varios propósitos. El primero tiene que ver con la circunstancia de escribir como historiador acerca de un tema que muchos colegas, siguiendo a ensayistas de la sociología, la economía, el periodismo o la publicidad, aceptan sin mayores dificultades que se han terminado las ideologías, que ya no hay razones válidas para resolver conflictos de intereses mediante las disputas antagónicas que lleven al uso de las armas, y, en consecuencia, todo uso de las armas contra poderes establecidos ya no es más que delincuencia irracional y organizada cuyas acciones son simple terrorismo. Así las condiciones, escribir sobre la vigencia histórica de las ideologías se constituye en un homenaje a nuestros antecesores y grandes maestros de la rebeldía contra la historia oficial, la tradicional, la que admira siempre a los órdenes establecidos; supresora de la libertad de imaginación y de pensamiento en aras de las verdades fijas, que a fuerza de repetirlas promueve los privilegios del Poder, entre ellos las mieles de la burocracia estatal y empresarial, o el juego de las

temporadas diplomáticas como vicarios de gobiernos a los que ciertos historiadores se vuelven incondicionales.

Por supuesto, que a muchos lectores ya el solo título les ha rescatado en la memoria los nombres de Ernst Bloch, y sobre todo el de Lucien Febvre, con su libro *Combates por la Historia*. Sin embargo, he querido modificar la denominación y usar el de *Combates por la Contrahistoria* porque la natural tendencia conservacionista de los seres humanos -que siempre nos acompaña y actúa con nuestros impulsos innovadores- en el último cuarto del siglo XX, empezó a volverse dominante entre muchos de sus discípulos. Y aquella *Nueva Historia* y su contribución a la apertura de dimensiones sociales y culturales que prometía más emancipaciones, cedió terreno a la restauración de formas adoratrices y de postración ante verdades enquistadas que hacen temer por la salud de una Democracia conversacional que tanto necesitamos en estos tiempos de globalización. Gracias a semejante involución, leemos a colegas que escriben en nombre de la equidad, la justicia y la verdad, confiados en fuentes oficiales, es decir, las admitidas por sus patrocinadores, que hacen candorosas biografías de empresarios y mandatarios, perfiles

* Historiador de la Universidad de Antioquia. Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia.

de gobiernos y regímenes políticos, partidos, sindicatos u Organismos No Gubernamentales, más semejantes a los ángeles, a los santos en vida o a hermandades divinas que a personas de carne y hueso, cuyos comportamientos evaluados desde otras fuentes dejan ver grandes distancias con respecto a la pulcritud y la honradez. No es este el momento para abundar en ejemplos, pero baste con pensar en los autores que en nuestro país están empeñados en demostrar que Colombia ha sido una sana república de aciertos sucesivos, siempre mejorando, haciendo lo único posible en sus condiciones de desarrollo, merecedora del excelso gobierno que tiene, para el cual la historia preparó el camino y no podía ser distinto. ¡El destino que se impuso de nuevo!

El segundo propósito es rendir un homenaje a tantos intérpretes de nuestra historia que a la manera de Jorge Zalamea en su *Sueño de las Escalinatas*, convocan una gran audiencia para mirar en perspectiva, y con toda sinceridad, identificar lo santo, lo perverso, lo anodino, lo admirable, lo detestable o simplemente lo curioso de las distintas actuaciones humanas. Siempre dispuestos a ver las múltiples caras de los hechos y problemas en estudio, con su trasfondo escéptico y existencial, pretenden narraciones menos idílicas pero más creíbles por su cercanía a nuestra naturaleza telúrica y humana, siempre susceptible de mejorar, de empeorar o de quedarse como surge en el mundo. Algunos nombres bastan: Jacques Le Goff, Paul Ricoeur, Tzvetan Todorov, Hannah Arendt, Johan Huizinga, Joseph Fontana, Agnes Heller, Paul Veyne, Reinhart Koselleck y nuestro decano en Colombia, Jaime Jaramillo Uribe.

El tercer propósito consiste en incentivar y felicitar a quienes se obstinan en buscar el lado oscuro de la luna porque desde Demócrito, Diógenes Laercio, Aristipo de Cirene o Celso, nos enseñan a correr todos los riesgos, incluidos el ostracismo y la tergiversación, provenientes de los promotores eternos de verdades canónicas en la política, la sociedad o la ciencia. Investigaciones como las de Mijail Bajtín, Michel Foucault o Teodor

Roszak, nos permiten entender que el tiempo es el mejor aliado para descubrir las verdades no admitidas, aquellas que se ocultan por las conveniencias del Estado o de los particulares, y que los ortodoxos ayudan a ocultar porque sus ambiciones personales no les permiten ver las evidencias de lo diferente. Tumbiar estos mitos es lo que pretenden autores contemporáneos como Peter Schloterdijk y su *Crítica de la Razón Cínica* (2003); Michel Onfray y su *Tratado de Ateología* (2006) que se constituye en preámbulo y trasfondo filosófico de su más reciente publicación: *Las sabidurías de la antigüedad* (2007) que promete contar la contrahistoria de la filosofía, en seis tomos; o el cyber-hippie R.U. Sirius, más conocido en la contienda electoral del año 2000 en los Estados Unidos, como Ken Goffman, con su obra *La contracultura a través de los tiempos* (2005).

El propósito último, es contar que el *Proyecto Ágora: Historia de las Ideologías Políticas*¹, está inspirado en la necesidad de entender la historia en sus múltiples versiones; como narraciones que combinan los enfoques ortodoxos y los heterodoxos; los positivistas, los nihilistas o los cínicos (al mejor estilo de los sofistas contemporáneos); los esperanzados y los escépticos; los creyentes, los apóstatas o los ateos; los románticos, los realistas o los indiferentes. Porque la historia es un concierto de escrituras e interpretaciones que

no previene contra nada, no es maestra de nada ni evita repeticiones. Es, en cambio, una polifonía que nos puede servir de inspiración para incentivar nuestra creatividad a la hora de tomar decisiones, ya sea en nuestra cotidianidad, ya en las distintas duraciones del tiempo humano.

Estas expresiones diferentes las encontrarán los usuarios del *Proyecto Ágora* cuando lean, vean, escuchen y estudien con cuidado las narraciones escritas o declaradas con paciencia, argumentos y fuentes demostrativas por todos los autores comprometidos en la obra. Encontrarán historias palpitantes, tan vivas como las acciones de los militantes ideológicos en su conquista de prestigios

Leemos a colegas que escriben en nombre de la equidad, la justicia y la verdad, confiados en fuentes oficiales, es decir, las admitidas por sus patrocinadores.

El tiempo es el mejor aliado para descubrir las verdades no admitidas, aquellas que se ocultan por las conveniencias del Estado o de los particulares.

y poderes, lo que demuestra con claridad cómo los tiempos del final de la Historia no serán posibles mientras seamos seres sujetos de nuestras pasiones, de nuestras pulsiones, del lenguaje y, sobre todo, de las opiniones de los demás.

II. Las Ideologías: Un ingrediente de la naturaleza humana

“...las ideologías permiten a las personas, como miembros de un grupo, organizar la multitud de creencias sociales acerca de lo que sucede, y actuar en consecuencia. En la mayoría de los casos, sirven a los intereses materiales y simbólicos del grupo. Por otra parte, también pueden influir en lo que se acepta como verdadero o falso, especialmente cuando dichas creencias son consideradas importantes para el grupo. En pocas palabras, permiten a sus miembros formarse una percepción del mundo en general, con base en los argumentos específicos y explicaciones sobre un orden social particular. Así, las ideologías como creencias operan tanto en la dimensión personal como en la dimensión global de la estructura social”. (Cubillos: 2006: 11 – 12)

La mejor garantía para el respeto a los demás, el reconocimiento mutuo y el ejercicio de la libre expresión, está constituida por el conocimiento que tengamos acerca de los contenidos ideológicos que están en el trasfondo de toda opinión entre los seres humanos.

Las ideologías, como sistemas de ideas que hacen parte de las estructuras mentales de los pueblos, han acompañado a los seres humanos desde que se conocen sus capacidades de razonamiento, de ensoñación e intención. Son imprescindibles y tienen la función de ayudar a orientar los pensamientos en la vida diaria y a tomar decisiones para la acción.

Cuando alguien decide apoyar o estar en contra de un proyecto político, moral, religioso o artístico, lo hace movido por unas convicciones que en su conciencia le dan respaldo para actuar en consecuencia. Conocer esos móviles, sus componentes básicos, su procedencia histórica, sus principales representantes en el mundo y las transformaciones en el tiempo, nos permite reconocernos como seres de pensamientos cambiantes, siempre en reconstrucción, contradictorios y paradójicos, como es la condición humana.

Porque la historia es un concierto de escrituras e interpretaciones que no previene contra nada, no es maestra de nada ni evita repeticiones.

La mejor garantía para el respeto a los demás, el reconocimiento mutuo y el ejercicio de la libre expresión, está constituida por el conocimiento que tengamos acerca de los contenidos ideológicos que están en el trasfondo de toda opinión entre los seres humanos.

Dos errores admitidos como verdades

Desde 1989, los sucesos vertiginosos en el mundo comunista iniciaron el final de la *Guerra Fría* y alentaron ilusiones con respecto a la posibilidad de la finalización de las ideologías y sus enfrentamientos en el mundo contemporáneo. Tal anhelo que parecía más una consigna, fue tratado de explicar por filósofos y analistas políticos. Los más célebres entre ellos: Francis Fukuyama (1989), y Samuel Huntington (1997), en Estados Unidos, y Francois Lyotard (1992), en Francia. Desde distintos puntos de vista, el primero quiso revivir la tesis de “*el fin de la Historia*” con su respectivo corolario: el fin de las ideologías; el segundo formuló “*un choque de civilizaciones*” y el tercero “*La muerte de los metarrelatos*”. Los tres coincidieron, con distintos estilos literarios, en que la democracia,

concebida a la manera del mundo occidental, promovida, cuidada e impuesta en el orbe por los países capitalistas, con los Estados Unidos al frente, se erigía como la alternativa única y excluyente que dejaba sin piso cualquier otra opción.

Desde entonces se fortaleció por el mundo una concepción, heredada del siglo XIX, según la cual una ideología es una falsa representación, una distorsión del mundo real y una estrategia de engaño de los grupos dominantes para mantener un orden establecido. Una *falsa conciencia* que enajena a

los individuos, les hace perder su personalidad, su libertad y su autenticidad en beneficio de la servidumbre, el gregarismo y el mantenimiento del estado de cosas. Tal concepción ha provocado dos conclusiones que los historiadores de las ideas, de la política y de las mentalidades no aceptamos como válidas:

1. Que se deben rechazar las ideologías porque son inconvenientes para la libertad humana.
2. Que la democracia no es una ideología sino un sistema político objetivo, producto del desarrollo histórico que impone a la humanidad la única forma de vida conveniente e inobjetable.

Ambas consecuencias, a su vez, generan concepciones y acciones que ponen en riesgo una gran cantidad de principios políticos y de valores morales conquistados en distintas partes del planeta durante los últimos tres siglos: pluralidad, diversidad, tolerancia, transacción, pactos. En cambio, aceptar esas dos conclusiones ha hecho que el acento para defender la democracia se esté poniendo más en las armas porque no se encuentra razón válida para que sea objetada: *si la historia evolucionó hacia la democracia, la fuerza habrá de mantenerla, parece ser la consigna contradictoria de un nuevo fundamentalismo representado por el realismo político*²

Estamos ante la gran paradoja del milenio que comienza: la democracia carcomiéndose a sí misma por imposición del destino histórico; de sus entrañas sale la ponzoña que le clava el veneno de la intolerancia que sólo puede perpetuarse por la fuerza de las armas, no de los argumentos.

Tal paradoja no sólo es un contrasentido en el campo del conocimiento, es inconveniente desde el punto de vista político. Con propaganda que no se corresponde con la verdad histórica se abre paso la promoción del pensamiento unánime. Crea la ilusión de que el ser humano puede carecer de ideologías y que es posible el acuerdo total. Ya unas versiones similares fueron ensayadas entre 1920 y 1945 con el fascismo, el falangismo y el

Una falsa conciencia que enajena a los individuos, les hace perder su personalidad, su libertad y su autenticidad en beneficio de la servidumbre, el gregarismo y el mantenimiento del estado de cosas

Si la historia evolucionó hacia la democracia, la fuerza habrá de mantenerla, parece ser la consigna contradictoria de un nuevo fundamentalismo representado por el realismo político

nazismo en Europa, y entre 1917 y 1989 con el comunismo en la Rusia Soviética y la “cortina de hierro”, y las democracias populares lideradas por la China, con los resultados desastrosos que todos conocemos.

Pensar que hoy la única triunfadora legítima es la democracia occidental y el único modo de vivir bien es el libre juego del mercado para productos, servicios y capitales, sumergidos en un proceso de *industria cultural* sin límites, que produce símbolos para ser vendidos y se les valora sólo por ser consumidos, es una gran trampa que nos impide ampliar los horizontes y nos condena al papel de consumidores resignados y autosatisfechos. Urge buscar un antídoto para el mal: una prueba histórica de que el ser humano es un ser de ideologías. Que su vida en comunidades y sociedades no es posible sin sistemas de ideas que les permitan entender el mundo e intervenirlo, diseñar ritos, ceremonias, protocolos y pactos que congreguen, y disfrutar de la naturaleza y la cultura sin estar aferrados a una sola manera de ver las cosas.

III. El equipaje mental, la *noosfera*³

Así como el globo terráqueo configuró la atmósfera que hizo posible el surgimiento de la vida

en el planeta, la especie humana creó la suya, en forma de ideologías, mentalidades, representaciones colectivas e imaginarios, que conocemos como atmósfera espiritual o *noosfera*, y que le permite a la especie humana crear mundos más allá de la naturaleza, como la filosofía, el deporte, las artes, el derecho, la religión, la política o las ciencias.

Y esta es la gran diferencia con otras especies. Como ya lo han dicho muchos investigadores desde la antropología, la epistemología, la historia y las ciencias naturales, *no hay cultura sin ideologías* (Bunge, 1989: 125).

A pesar de las polémicas entre investigadores acerca de los componentes del mundo espiritual, no hay desacuerdo acerca de que tiene

dimensiones distintas y que sus modos de existencia se combinan. Por eso se habla de mentalidades, ideologías, representaciones colectivas e imaginarios.

Podemos decir que las *mentalidades* tienen que ver con los fundamentos profundos, por lo general provenientes de valores y principios promovidos milenariamente desde los libros sagrados de las grandes civilizaciones. Hinduismo, Budismo, Confucianismo, Judaísmo, Islamismo, Cristianismo, Taoísmo o Shintoísmo, todavía tienen presencia como nutrientes de iniciativas religiosas y políticas en todo el orbe⁴. Desde el siglo VI antes de nuestra era sirven de puntos de referencia para decidir acerca de lo bueno, lo malo, lo conveniente, lo presente y lo futuro. Impregnan la literatura, la política y las ciencias y hasta el modo de medir el tiempo y las distancia. Moral y fe, verdad, belleza, justicia y bondad, siguen entre los humanos como estrellas polares que guían sus decisiones y búsquedas⁵.

Las *ideologías*, en cambio, no son tan universales ni duraderas. Son sistemas de ideas socialmente contruidos y compartidos en tiempos de mediana duración, al calor de los acontecimientos. Y se les llama *ideologías políticas* cuando se encargan de orientar la acción de los grupos sociales en torno a las decisiones e intereses con respecto a lo público: estado, gobierno o régimen político; economía, entendimiento mutuo o convivencia. Se forman con base en las investigaciones –muchas veces de carácter científico– las opiniones y el debate público, liderado por organizaciones explícitamente creadas para tal fin o por personas que se destacan entre las demás por su capacidad de razonamiento, *sindéresis* y persuasión. Pero ningún ser humano escapa a ellas. Cuando trata de marginarse, ya su decisión es ideológica; escoge la indiferencia, convencido de que el destino se impone por sí mismo. Más adelante volveremos sobre la naturaleza de las ideologías.

Las *representaciones colectivas*, son modos de ver, modos de captar las situaciones concretas de la vida cotidiana, que se forman en el diario vivir, a partir de todo tipo de acciones donde se use la palabra hablada o escrita, o las imágenes

audiovisuales y publicitarias donde se pongan en circulación las fantasías, las verdades heredadas, los argumentos que anuncien cambios en las situaciones dadas, o donde las evaluaciones de lo acontecido o por acontecer ameriten conclusiones que se grabarán en forma de dichos, aforismos, frases, refranes o sentencias, principios y valores que estarán presentes a la hora de hablar de moral, derecho, arte, religión o política.

Los *imaginarios* son creaciones fantásticas de las mentes individuales que pueden contagiarse a través de conversaciones, cuentos o narraciones literarias. Parten de lo circunstancial y cotidiano pero acompañan a todas las personas en sus actividades creativas para explicar lo que les sucede a ellas o a la sociedad que las circunda (Baczko: 1991: 8).

Urge buscar un antídoto para el mal: una prueba histórica de que el ser humano es un ser de ideologías.

La descripción de los componentes de la mente, del mundo espiritual, sirve para identificar la relación de autonomía y dependencia que las caracteriza, pero no puede asumirse literalmente en lo cotidiano. En nuestro diario vivir, las mentalidades, las ideologías, las representaciones y los imaginarios, no se presentan claros y diferenciados. Se nos revuelven unos con otros y se modifican mutuamente. Y más todavía: nadie posee un solo tipo de cada componente; se combinan gracias al uso cada vez mayor de las Tecnologías de la Comunicación y de la Información, a la integración geográfica del planeta, a la agilidad de las traducciones entre distintas lenguas y a la decisión de hacer valer el derecho a la libertad de expresión, creencias y prácticas.

Por eso se hace indispensable, en este mundo cultural cada vez enriquecido por la presencia de convicciones múltiples, el estudio del modo de existencia de las ideologías, sus procedencias y sus posibilidades de ayudarnos a entender por qué pensamos, valoramos, evaluamos o actuamos del modo en que lo hacemos. Este es el propósito del *Proyecto*

Ágora: Historia de las ideologías políticas.

IV. Sentido contradictorio desde el comienzo

Tal como nos lo recuerda el profesor Jorge Antonio Mejía en su ensayo acerca del *Naturalismo*

Las ideologías son sistemas de ideas socialmente contruidos y compartidos en tiempos de mediana duración, al calor de los acontecimientos.

del *Conocimiento*, con el término *idea* se ha perpetuado un equívoco desde los griegos:

Idea quería decir originalmente algo visible y concreto, como la silueta de un amigo cuando se encuentra a contraluz, o un paisaje familiar que reconocemos, o la imagen de algo. Todo ello se aclara más cuando al consultar el origen de la palabra descubrimos que es un sustantivo que deriva del verbo *ver* y por lo tanto es posible decir que el término *idea* equivale en la lengua corriente a *visión* o a *vista* (como algo que *es visto*)

(...)

Pero el uso de la raíz de la cual proviene *idea* generó variantes que son muy significativas. De la misma proviene también la palabra *ídolo*, que significa justamente lo contrario, no porque directamente designe algo, sino porque se empleó con una connotación negativa, la misma de simulación, simulacro, imagen engañosa.

En la obra de Platón se distingue entre un significado de la palabra *idea* -el que proviene del término *visión* o *imagen*, *lo visto*, y llega a significar positivamente el modelo universal de cada objeto, el *arquetipo* o

modelo, que además está en un lugar especial, *arriba en los cielos*, o con la palabra griega en el *hiperurano* -*más allá de la luna*- y el que nos la presenta como *visión* que sirve para engañar a la mente, como el *simulacro* o el *ídolo*. El asunto es significativo porque de ese modo el mismo objeto, de un mismo acto, el ver, tiene dos significados con valores opuestos entre sí: la *visión* como acercamiento o aproximación a lo más real, la esencia de lo real, los arquetipos, en sentido positivo; y la *visión* como desviación del conocimiento de lo real, suplantación, engaño, simulacro, en sentido negativo. (Ensayo *El Naturalismo del Conocimiento como ideología*, publicado en el mismo libro).

Lo visto y lo simulado, lo real y lo inventado, oposiciones presentes siempre que se hable de las ideas. Ambigüedad de significados que se proyectará en las palabras *ideología* e *ideólogo*.

Lo visto y lo simulado, lo real y lo inventado, oposiciones presentes siempre que se hable de las ideas.

Cuenta la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, de 1925, que en la historia de la filosofía de Francia se conoció como *ideólogos* a los continuadores del empirismo de Locke y del sensualismo de Condillac.; que se constituyó en movimiento con incidencia en la vida pública y el debate intelectual entre 1789, año de la Revolución Francesa, y 1820, bajo la dirección de Destutt de Tracy, y se les señalaba de estar equivocados en filosofía pero acertados en política. Cuando se apartaron del apoyo a Napoleón, la consideración cambió: se les calificaba de equivocados en filosofía y en política. El término empezó a verse como una burla y se desfiguró hasta *ideologistas*, algo así como unos sofistas de la modernidad naciente, cuyos argumentos no se tomaban en serio.

En esta corriente de desprestigio para las ideologías, se inscribieron diferentes intérpretes a lo largo del siglo XIX y principios del XX. Estimulados por la propuesta de Carlos Marx y Federico Engels que, inspirados en G. F. Hegel,

postularon este término como un nuevo concepto metodológico para analizar las polémicas acerca de los intereses políticos y sociales, y lo definieron como una *falches bewusstsein* ("falsa conciencia"), que consistía en que todo discurrir que no tuviera como base el conocimiento científico no era más que la expresión de pensamientos

o ideas que en forma consciente o inconsciente, oculta o explícita, simulada o sincera; mostraban realidades tergiversadas para defender el orden establecido y perjudicar la toma de conciencia de quienes no tenían acceso a la educación ni al poder, es decir, los sectores populares, el proletariado y el campesinado. Otros autores como Nietzsche, Shopenhawer, Sorel, Gramsci, Shils o Georges Lukacs, argumentaron en dirección similar. Así se consagró la ilusión de que es posible un mundo basado en el mejor de los conocimientos, la ciencia, que puede subsistir prescindiendo de las ideologías. O lo que es igual: que el triunfo de la ciencia y el materialismo histórico permitirían la abolición de toda ideología. Ésa fue la renovación ideológica conocida desde Descartes y F. Bacon: el cientifismo.

Pero los impactos de la Primera Guerra Mundial contribuyeron a reorientar la reflexión acerca de la importancia de estudiar cómo las ideologías nacen, circulan y mueven a la acción. Uno de los autores que aportó nuevos enfoques y métodos fue Karl Mannheim, particularmente en su obra *Ideología y*

Utopía (2004, la primera versión en español es de 1941), donde propone identificar las convicciones, valores y principios de los seres humanos en relación con su trayectoria histórica, su situación social y sus anhelos. Con el subtítulo de *Introducción a la Sociología del Conocimiento*, promovió una ciencia para el análisis de las condiciones sociales e históricas que hacen posible la emergencia de ideas o sistemas de ideas⁶.

En 1975, auxiliados por las teorías funcionalistas de la Sociología, Edward Shills y Harry M. Johnson, en la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* (España, Aguilar, tomo 5, páginas 598 a 615), develan la genealogía de significaciones que adquirió el término ideología desde el siglo XIX, hasta llegar a convertirse en uno de los tantos “modelos integradores de las creencias morales y cognitivas sobre el hombre, la sociedad y el universo”, junto con las concepciones del mundo o con los sistemas o corrientes de pensamiento (pág. 598). Y sostienen los autores que tales modelos obedecen a la simplificación y deformación del conocimiento, provenientes de al menos cinco fuentes nutricias:

1. *La tensión social* que resulta de la insatisfacción producida por el modo en que funcionan algunos aspectos del sistema social como la distribución de o p o r t u n i d a d e s , recompensas, recursos o autoridad que inciden en la calidad de vida de las personas, en su estatus y su desempeño social. Y tal modo de operar puede provenir de las decisiones políticas internas en los países o ser el resultado de las relaciones y compromisos internacionales.
2. *Los intereses creados y ventajas en perspectiva*. En íntima relación con el punto anterior, cualquier cambio que cree una sensación de deterioro en las ventajas que vienen legitimadas y protegidas por el ordenamiento establecido, aumentan la probabilidad de que grupos e individuos busquen defender sus intereses mediante argumentos no siempre correspondientes con el interés general ni los conocimientos científicos que prueben su validez.

(...) la genealogía de significaciones que adquirió el término ideología desde el siglo XIX, hasta llegar a convertirse en uno de los tantos “modelos integradores de las creencias morales y cognitivas sobre el hombre, la sociedad y el universo”.

3. *Amargura por los cambios sociales producidos*. Cuando se ha producido un cambio en el sistema social, lo ha hecho venciendo diferentes grados de oposición. Frente a las explicaciones de los triunfadores seguirán expresándose las voces de grupos o personas que identifican estos cambios como pérdidas de riquezas, de autoridad, de ingresos o de prestigio.

4. *Perspectiva social limitada*, es decir, las dificultades que toda persona, grupo u organización tienen para captar lo que sucede en el conjunto de la sociedad, dado que “sólo pueden ocupar un número limitado de posiciones sociales” y eso les impide tener conocimientos de primera mano acerca del impacto real de las distintas medidas que se toman en los diferentes niveles.

5. *Persistencia de tradiciones de pensamiento anticuadas* que pueden provenir de los sistemas filosóficos, las convicciones religiosas, las fantasías literarias o los conocimientos científicos no actualizados. Tal anacronismo puede conducir a los individuos a convicciones contrapuestas a sus propios intereses, con tal de sentir que entonan, se integran y se solidarizan para emprender actividades que busquen el retorno al pasado, la preservación de lo establecido, la promoción de un cambio reformista o de una revolución.

En consecuencia, los autores identifican cuatro tipos de ideologías que se perfilan más por sus comportamientos ante el acontecer social que por los principios y valores que predicán: las *conservadoras*, defensoras de la tradición y el estado de cosas; las *reformistas*, partidarias de los cambios paulatinos y sectoriales; las *revolucionarias*, promotoras de los cambios rápidos sobre el conjunto de instituciones sociales, y, de ser necesario, aplicando la violencia; las *contraideológicas* que justifican los comportamientos de quienes no se atienen a las normas sociales, acusando de hipócritas a quienes los señalan de falta de compromiso con la sociedad y respeto a los vínculos sociales.

Así quedó planeado el debate entre los partidarios de seguir entendiendo las ideologías como falsa

conciencia y los que argumentan con base en la Sociología del Conocimiento y las condiciones culturales. En la primera corriente se unieron, curiosamente, los seguidores de la tradición científica positivista, particularmente fuerte en las llamadas ciencias *duras* por creerlas exactas y naturales, herederas de Descartes con su “verdad clara y distinta” y F. Bacon y sus *Idola*, y la izquierda revolucionaria, partidaria de seguir los ejemplos de la Revolución Bolchevique en Rusia, la Revolución Popular en China y las vías del foco guerrillero de Vietnam y Cuba. En la segunda, las corrientes culturoológicas emergentes, seguidoras de las nuevas ciencias sociales y humanas, alimentadas por las nuevas teorías de sistemas, del pensamiento complejo y de las ciencias que revisaron sus teoremas a partir de la física cuántica.

Un nuevo hecho conmovedor avivó la esperanza del fin de las ideologías. El reconocimiento del fracaso de la experiencia comunista que se expresó en la caída del *Muro de Berlín*, provocó una explosión de júbilo entre los defensores de la democracia hasta el punto de proclamar con emoción que por fin llegaba el cese de las ideologías.

El escrito que más fama alcanzó en los medios masivos y en las academias fue el de Francis Fukuyama: *¿El fin de la historia?* (1989) con argumentos retomados de Hegel, quien confiaba en que el estado moderno sería la síntesis que resolvería toda contradicción. Para sustentar su respaldo a las tesis de Hegel, Fukuyama se apoyó en las obras de quienes en Francia y Estados Unidos renovaron el estudio acerca del pensamiento de aquel filósofo: Alexandre Kojève y Raymond Aron⁷.

En la tercera parte de su artículo, Fukuyama afirma que los dos grandes desafíos al pensamiento liberal moderno fueron el fascismo (lo usa como genérico para definir las tendencias nacionalistas radicales y violentas de Alemania, Italia, España y Japón, con sus respectivos seguidores por el mundo) y el comunismo de vertientes marxista, leninista o maoísta. Pero que las derrotas propiciadas por las dos guerras mundiales dejaron un solo triunfador: el igualitarismo de la Norteamérica moderna.

Y sostiene que para 1989, año en que publicó su escrito, ya el liberalismo (económico y político) sólo enfrentaba dos grandes desafíos que no alcanzarían a destruirlo: los movimientos religiosos y los nacionalismos. El triunfo de un mundo homogéneo, aferrado de nuevo al libre mercado y a una forma política de Estado mínimo era una realidad. Sobre todo, con el liderazgo de Inglaterra y Estados Unidos promoviendo la globalización. El fin de la historia se abría paso.

Casi veinte años después, a pesar de las corrientes de integración mundial de los mercados y de la aceptación de los argumentos democráticos por quienes defienden los regímenes políticos y quienes buscan conquistarlos en diferentes países del mundo, las ideologías no solo no desaparecieron sino que siguen alimentando sus argumentaciones, actitudes y movilizaciones en todo el planeta. Así lo reconoce el mismo autor en el artículo *La hegemonía autodestructiva de los Estados Unidos* (2007), donde se pregunta:

¿Por qué el país más poderoso del planeta no logra dar seguridad a una nación pequeña como Irak, luego de tres años de ocupación?

El reconocimiento del fracaso de la experiencia comunista que se expresó en la caída del Muro de Berlín, provocó una explosión de júbilo entre los defensores de la democracia hasta el punto de proclamar con emoción que por fin llegaba el cese de las ideologías.

V. Los tratamientos recientes:

A pesar de que por más de veinticinco siglos existen propuestas de una paz perpetua basada en la reconciliación humana, en la justicia y la igualdad, los conflictos no cesan; y las formas de justificarlos, de condenarlos, de reprimirlos o de ignorarlos siguen llenándose de argumentos. Esto ha llevado a una creciente ratificación de la necesidad de entender los motivos y las doctrinas que están en juego. Para tratar de lograr esta comprensión han aumentado los estudios recientes acerca de las ideologías, entre los cuales mencionaremos cuatro contribuciones: dos desde la Filosofía (Eagleton: 1997 y Capdevilla: 2004), otra desde las ciencias políticas (Macridis y Hulliung: 1998) y otra desde la lingüística (T. van Dijk: 2000)

Siguiendo la pista a las definiciones más conocidas acerca del concepto de ideología, Eagleton identifica por lo menos dieciséis versiones: el proceso de producción de significados, signos y

valores en la vida cotidiana; conjunto de ideas característico de un grupo o clase social; ideas que permiten legitimar un poder político dominante; ideas falsas que contribuyen a legitimar un poder político dominante; comunicación sistemáticamente deformada; aquello que facilita una toma de posición ante un tema; tipos de pensamiento motivados por intereses sociales; pensamiento de la identidad; ilusión socialmente necesaria; unión de discurso y poder; medio por el que los agentes sociales dan sentido a su mundo, de manera consciente; conjunto de creencias orientadas a la acción; confusión de la realidad fenoménica y lingüística; cierre semiótico; medio indispensable en el que las personas expresan en su vida sus relaciones en una estructura social; proceso por el cual la vida social se convierte en una realidad natural.

Semejante listado prueba la dispersión conceptual y la ausencia de estudios que vayan más allá de las propuestas que en su momento hizo Karl Mannheim, cuya consistencia todavía no ha sido superada. Sin embargo, la iniciativa de Eagleton con sólidas tesis acerca de la equivocación de quienes sostienen que la condición posmoderna consiste en que no hubo ni habrá ideologías, entusiasmó de nuevo a los académicos para enfrentar de modo sistemático el estudio de las ideologías y hacer nuevas contribuciones.

Otro autor, Néstor Capdevilla, en su libro *El Concepto de Ideología* (2004)⁸, hace el análisis de su uso interdisciplinario y en la introducción presenta a gran cantidad de autores con sus obras para facilitar la puesta en ejercicio de esta metodología: filosofía, sociología, historia, psicoanálisis, psicosociología, lingüística, teología, mitología, economía, derecho, política. En sendas notas de pie de página despliega las respectivas referencias bibliográficas. Su estudio se centra en la observación del carácter cultural y epistemológico de las ideologías, para admitir que uno de los principales problemas para hacer una clara definición es el uso de tantas significaciones que se toman como válidas en diversos lugares. Con postura claramente filosófica, acepta este problema como el reto que valida seguir estudiándolo:

Las ideologías no solo no desaparecieron sino que siguen alimentando sus argumentaciones, actitudes y movilizaciones en todo el planeta.

¿Por qué el país más poderoso del planeta no logra dar seguridad a una nación pequeña como Irak, luego de tres años de ocupación?

La voluntad reiterada de criticar una idea que no es seguro que se pueda evitar despierta la suspicacia. Hasta ahora, la polisemia era interpretada como una debilidad teórica que debería incitarnos a pensar más allá de la ideología. Pero la dificultad para organizar un discurso coherente sobre la ideología, puede

interpretarse de otro modo. La ideología podría ser la figura moderna del “sofista de las múltiples caras” perseguido por Platón. Según Étienne Balibar, las aporías de la ideología no son las de un pseudo-concepto. Son más bien el índice de la dificultad (sic) de los problemas que la ideología le plantea a la filosofía. En lugar de justificar el rechazo del concepto, estas incoherencias aparentes deberían incitarnos a pensar más acá de las oposiciones clásicas de la teoría y de la práctica, del dogmatismo cientifista y del relativismo antropológico e historicista.

En su obra busca dar respuesta al desafío, a través de cuatro grandes cuestionamientos centrales: la concepción totalizante y la selectiva de la ideología; su relación con la modernidad; sus vínculos con el mundo simbólico, particularmente con la religión; y la dimensión epistemológica.

Pero dos autores renovaron el concepto desde el análisis político: Roy Macridis y Mark Hulliung, en su obra *Las ideologías contemporáneas*. Con

lenguaje sencillo y claro comprometen a los analistas en la tarea de ir hasta el fondo para detectar por qué las ideologías siguen vigentes, permiten a la población organizarse y disponer todos los elementos para una acción exitosa. (...) Llamen la atención sobre otra función de las ideologías: la promoción de la crítica y la búsqueda de órdenes

nuevos. Desde que las opiniones individuales y colectivas tengan la posibilidad de interactuar, las ideologías serán sus principales referencias para evaluar el apoyo que merezcan

Coincidiendo con Edward Shills y Harry M. Johnson, clasifican las ideologías en conservadoras, reformistas y revolucionarias, pero dejan por fuera

las *contraideologías*, convencidos de que no representan mucha importancia en la lucha política contemporánea, a pesar de la abundancia de agrupamientos juveniles (“tribus urbanas”) marginados del debate y que ofrecen sus “movimientos culturales” como alternativa.

Como el título anunciado, esta obra examina las principales ideologías políticas que tuvieron impacto en el siglo XX, ya por herencia del siglo anterior, ya por el crecimiento de problemas poco desarrollados antes de las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX: los derechos de la mujer plantearon nuevas tesis acerca del *feminismo*; el resquebrajamiento de la hegemonía católica en América Latina abrió paso a la *Teología de la Liberación*; y, finalmente, las presiones de los problemas ambientales requirieron nuevas teorías y nuevas actitudes que derivaron en los ambientalismos o lo que genéricamente se conoce como *ecologismo*.

Finalmente, tenemos la propuesta de Teun van Dijk, quien ofrece un análisis de las relaciones entre ideología y formas discursivas. Punto indispensable para captar la dinámica cotidiana de la construcción ideológica. La obra deja claros los modos de configuración, circulación y jerarquización de las ideologías a partir de los elementos cognitivos, sociales y discursivos que en la vida cotidiana se dan cita.

La propuesta de Van Dijk nos acerca a un aspecto poco explorado por los analistas: el modo en que se configuran las ideologías y circulan socialmente. El discurrir de las personas en su vida cotidiana por conversaciones, argumentos, demostraciones, pruebas, defensas o detracciones que plasman en distintos medios de comunicación (ya sea interpersonales ó masivos) y se articulan alrededor de puntos de vista que pueden ser identificados al desentrañarlos en los distintos productos mediáticos como el cine, la televisión, la radio, la prensa o los medios publicitarios. Sin duda, abre un campo hasta hace poco reservado a los especialistas de la lingüística, la semiótica y los estudios literarios. Con un valor agregado: realiza el esfuerzo de hacerse entender por cualquier lector que tenga una mediana formación en aspectos de la cultura y del lenguaje. ■

Notas

1 El proyecto Ágora es una investigación ambiciosa que da cuenta del desarrollo y la evolución de las ideologías políticas a través de la historia. Encontrado en: http://altair.udea.edu.co/ALTAIR2007/net_radio/ideologias.htm

2 <http://www.inep.org>

3 Para ver un texto completo de esta parte, remitirse al Número 9 de la revista FOLIOS, artículo llamado: Mentalidades o Representaciones, Pág. 18 - 25

4 En su escrito “El Nacimiento de las Religiones Superiores”, primera parte del libro *El historiador y las Religiones*, Arnold Toynbee (1958) lanzó su tesis acerca de la importancia de las religiones para el paso del pensamiento ensimismado, auto-referido, autosuficiente o “yoico” al pensamiento social, colectivo y solidario; igualmente, propuso una polémica clasificación entre religiones superiores e inferiores; finalmente, demostró el paso de las religiones y su misión espiritual a quehaceres terrenales, cambio que hoy observamos como la vía directa para su conversión en ideologías políticas.

5 El concepto de mentalidad ha provocado un gran debate, y tal vez a ello se deben los millares de registros electrónicos que se encuentran en la web y los montones de libros que siguen produciéndose al respecto. Para conocer más de la polémica cuyos gestores principales fueron Levy Brüll, G.E.R LLOYD y Paul Ricoeur, ver la Introducción al informe de investigación Software para Analizar *el* Tratamiento periodístico de la Información (SATPI), del Grupo de Investigaciones en Comunicación, Periodismo y Sociedad, en: <http://www.comunicaciones.udea.edu.co/grupodeinvestigacion>

6 Un ilustrado examen de las condiciones históricas y sociales en que Mannheim escribió su obra, nos la proporciona el Filósofo Juan Guillermo Gómez, en su conferencia “*Observaciones marginales a la Sociología de la Cultura de Karl Mannheim*” (inédita). De Gómez publicamos en esta obra su ensayo sobre el Anarquismo.

7 La obra más conocida de Kojève es su *Introduction a la Lecture de Hegel* (París: Ediciones Gallimard, 1947), que contiene las conferencias dictadas en la *Ecole Pratique* en los años 30. Este libro está disponible en inglés con el título *Introduction to the Reading of Hegel*; compilado por Raymond Queneau, editado por Alian Bloom, y traducido por James Nichols (New York: Basic Books, 1989).

8 Con idéntico título circuló en 1985 la primera edición de un ensayo de Luis Villoro en la editorial Fondo de Cultura Económica que lanzó su segunda edición en el 2007. Entre los aportes sociológicos muy interesantes del autor está su reiteración acerca de que las ideologías no existen sólo para afianzar el poder político, ni se generan solamente desde esas esferas. También las hay para desafiarlo, derrumbarlo o cambiarlo. Todos los órdenes son ideológicos porque todo ordenamiento social obedece a convicciones con respecto a lo oportuno, lo adecuado, lo conveniente y lo plausible.

Bibliografía:

ABERCROMBIE, Nicholas, HILL, Stephen, TURNER, Bryan S. *La tesis de la ideología dominante*. España: Siglo XXI, 1987. 240 p.

BACZKO, Bronislaw. 1991. *Los imaginarios Sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión

BLOOR, David. *Conocimiento e imaginario Social*. España: Gedisa, 1998, cap. 4. Págs. 101- 137

BOBBIO, Norberto. *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. 4ª reimprisión, México: Fondo de Cultura Económica, 1994, 190 pp.

- BRAUNSTEIN, Néstor y otros. *Psicología: Ideología y Ciencia*. 21ª edición. México: Siglo XXI Editores, 3003, 410 pp
- BUNGE, Mario. *Seudociencia e ideología*. Madrid: Alianza Editorial. 1989. 252 pp
- CAPELLA, Juan Ramón. *Los Ciudadanos Siervos*. Valladolid: Ed. Trotta, 1993, 238 pp.
- CUBILLOS, Carolina. *El artilugio de la moda. Ideologías y mentalidades acerca de la moda. Medellín 1930 -1960*. Trabajo de Grado para el Departamento de Historia, Universidad de Antioquia, Medellín, 2006.
- Dijk, Teun van. *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona, Gedisa, 2000. 474 pp
- EAGLETON, Terry. *Ideología (Una introducción)*. Barcelona: Paidós, 1997
- EAGLETON, Terry. *La Estética como ideología*. Madrid: Trotta, 2006. 514 pp.
- ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO-AMERICANA. "Ideología". España: Espasa-Calpe S.A., 1925, p. 576
- GOFFMAN, Ken. *La Contracultura a través de los tiempos. De Abraham al acid-house*. Barcelona: Anagrama, 2005, 523 pp
- HUNTINGTON, Samuel P. *El Choque de Civilizaciones*. 7ª ed. Madrid. Piados, 2003,
- JOHNSON, Harry M. "Ideología y Sistema Social" En: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. España: Aguilar. Tomo 5, págs. 607 a 615
- LYOTARD, J. F. *La Condición Posmoderna*. Barcelona: Planeta Agostini. 1992
- MACRIDIS, Roy C., HULLIUNG, Mark L. *Las ideologías políticas contemporáneas: regímenes y movimientos*. Madrid: Alianza Editorial, 1998. 415 p.
- MAGUIRRE, Mariano y VENÍS, Phyllis. *La Ideología Neoimperial*. 2ª ed. Barcelona: Icaria, 2003, 132 pp
- MORIN, Edgar. *El cine o el hombre imaginario*. España: Seix Barral, 1972. 291 p.
- ONFRAY, Michel. *Tratado de Ateología*. 4ª ed. Barcelona: Anagrama, 2006. 249 pp
- ONFRY, Michel. *Las sabidurías de la Antigüedad. Contrahistoria de la Filosofía I* Barcelona: Anagrama, 2007. 330 pp.
- ROMERO, José Luis. *Situaciones e ideologías en América Latina*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2001, 448 pp.
- SCHWANITZ, Dietrich. *La Cultura: todo lo que hay que saber*. España: Taurus, 2002. 558 p.
- SHILS, Edward. "Ideología: Concepto y Función" En: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. España: Aguilar. Tomo 5, págs. 598 a 607
- SLOTERDIJK, Peter. *Crítica de la Razón Cínica*. 2ª ed. Madrid: Ediciones Siruela. 2004, 765 pp
- STERNBERGER, Dolf. *Dominación y Acuerdo*. Barcelona: Gedisa, 1992, 199 pp
- SZASZ, Thomas S. *Ideología y enfermedad mental*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1976, 330 pp. 261 pp
- TOYNBEE, Arnold. *El historiador y la Religión*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1958.
- VALLESPIN, Fernando (Ed). *Historia de la Teoría política*. Madrid: Alianza Editorial, 6 tomos, 1995.
- VILAR, Pierre. *Pensar Históricamente*. Barcelona: Ed. Crítica, 1997, 242 pp.
- WRÓBLEWSKI, Jerzy. "Teoría e Ideología de la Interpretación". En: *Constitución y Teoría general de la Interpretación Jurídica*. Madrid: Ed. Civitas S.A., 1988 págs. 69 a 80
- ZIZEC, Slavoj (comp.). *Ideología: Un mapa de la cuestión*. México: Fopndo de Cultura Económica, 2003, 382 pp.
- _____ *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI editores, 1992, 302 pp.
- _____ *La suspensión política de la ética*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005, 220 pp.
- _____ *¿Quién dijo Totalitarismo?* España: Pre-Textos, 2002, 399 pp.